

NOVENA A NUESTRA SEÑORA DE LA SALETTE

DÍA PRIMERO

Al postrarme a tus pies, oh Madre amorosa, para pedirte: (aquí menciona tu petición), no puedo evitar recordar que tú llegaste a la montaña de La Salette, en primer lugar, para recordarme mis deberes cristianos. Por lo tanto, no hay manera más segura para mí de que se me conceda mi petición, que volver a la amistad de Jesús, mediante una confesión sincera, y esforzarme con todas mis fuerzas para vencer el pecado que me acosa. Oh, Virgen Reconciliadora de los pecadores, obtén para mí esta preciosa gracia, pues con ella se me añadirá todo lo demás. Los innumerables milagros obtenidos por quienes te invocan bajo el título de Nuestra Señora de La Salette llenan mi corazón de esperanza de que mi petición sea tan afortunada como la de aquellos que se dirigieron a ti, por tantos otros suplicantes. Acepta, oh, Madre, en cada día de mi novena, inculcar en mi corazón algo de la enseñanza de tu misericordiosa Aparición.

Practica. Conságrate a Nuestra Señora de La Salette.

DÍA SEGUNDO

Oh Madre dolorosa, ¿por qué esas lágrimas se derraman en la soledad salvaje, sobre la roca de la que por un momento hiciste tu trono terrenal?

Hijo mío, sería feliz si mi dolor pudiese inspirarte con un dolor de corazón por tus pecados, y con un propósito firme te condujera a una vida mejor. La tierra de tu corazón, como dice el Profeta, está desolada, por tu amor al mundo y a sus placeres vacíos, por tu olvido de meditar sobre las verdades más importantes de la fe, es decir, tu último fin, junto con las terribles consecuencias, tanto aquí como en el más allá, de tu inconsciencia. Retírate a la soledad y allí mi Hijo hablará a tu corazón, e insuflará en tu alma los medios adecuados para asegurar tu salvación.

Oh Madre, los motivos que me impulsan a mezclar mis lágrimas con las tuyas son innumerables. No resistiré más la llamada de Jesús. A partir de ahora, con tu poderosa ayuda, mis pensamientos, palabras y acciones se

corresponderán a los deseos del Divino Corazón de Jesús.

Practica. Recita diez Ave Marías y diez invocaciones a Nuestra Señora de La Salette para pedir un odio profundo al pecado.

DÍA TERCERO

Oh Madre, ¿cuál, es el significado de la cruz luminosa que resplandece sobre tu pecho? ¿Por qué este torrente de lágrimas que se desliza por tu rostro celestial y cae sobre la cruz de oro en la que son quemadas como en un fuego de Amor?

Hijo mío, ¿tu alma nunca ha sido contaminada por un pecado mortal? ¿Nunca te mofaste de mi Hijo, crucificando así de nuevo a tu Salvador y a tu Dios? ¿No está la cruz, ese emblema sagrado de la salvación, desterrada desdeñosamente de todos los lugares donde solía permanecer en honor? ¡Tales iniquidades deben ser lavadas con lágrimas de sangre! Esfuérzate, por lo tanto, para apaciguar la ira de mi Hijo y mitigar Su castigo. Tened miedo de que la Sagrada Sangre que una vez fluyó en el Calvario, ahora caiga vengativamente sobre vuestra cabeza, y sobre las cabezas de aquellos a quienes más queréis en este mundo. ¡Temed que Dios os abandone! Contempla a Jesús en su cruz. Adoradle humildemente y derramad a sus pies vuestra más sentida gratitud. Recuerda que, con Él, hay un remedio para cada mal. No hay virtud que no encuentre en Él un modelo perfecto. Lleva Su cruz en tu pecho, pero principalmente en tu corazón. Y a cambio, el cielo será tu recompensa.

Practica. Arrodlílate ante un crucifijo y di un acto de contrición por tus pecados.

DÍA CUARTO

Los testigos de tu aparición, oh dulce Madre, rivalizan entre sí al hablarme de la extrema sencillez de tu vestido y de la modestia de tu mirada. Qué lección para mi orgullo y vanidad, contemplarte vestido con una túnica común, un pañuelo sencillo, un delantal humilde y una gorra que cubra completamente tus oídos y tu cabello.

¿Quién podría sino admirar tu cuidado en ocultar tu rostro angelical a los ojos del niño pequeño? No Madre dolorosa, no podrías reprender con más fuerza el orgullo, el lujo y la sensualidad, cuyos atractivos son innumerables víctimas, tanto en este mundo como en el venidero. Ayúdame, oh Madre, a volar del mundo y sus distracciones; a llevar una vida interior para llegar a ser como San Pablo, "el buen olor de Cristo para Dios". Ayúdame a comprender mejor que, para mantener puro mi corazón, debo esforzarme por ser humilde, amar la mortificación y evitar los placeres pecaminosos del mundo.

Practica. Recita las letanías de Nuestra Señora de La Salette.

DÍA QUINTO

El torrente de tus lágrimas en La Salette, oh Madre dolorosa, cesó sólo con tus palabras, como dijo la pastorcita. Y se notó que llorabas más abundantemente, mientras hablabas de nuestros pecados más grandes, es decir, blasfemia, profanación del día del Señor, violación de las leyes de ayuno y abstinencia, rebelión contra Dios y Su Iglesia, indiferencia con respecto a tus advertencias sobrenaturales, e ingratitud por tus dones y tu amor. Que tu rostro rociado de lágrimas esté siempre delante de mis ojos, para que ablande mi corazón, y le conceda la gracia de un verdadero arrepentimiento. Y para demostrar que me arrepiento de mis pecados, desde hoy no escatimaré esfuerzos para combatir los grandes crímenes con los que nos reprochaste en tu aparición.

Practica. Reza un acto de reparación por los pecados de la humanidad.

DÍA SEXTO

¿Rezas bien, hijo mío?... Deberías rezar por la mañana y por la noche. Ya sabéis lo que dice mi Hijo sobre la oración en su Evangelio: "Debemos orar siempre, y no desmayar", es decir, no ser pusilánimes en la oración. "Porque sin mí", es decir, sin mi gracia, "no podéis hacer nada" meritorio para el cielo. Recuerda que la gracia sólo se concede a través de la oración. "Pero," dice mi Hijo, "si pedís algo al Padre en mi nombre, él os lo dará." Pide, pues, con corazón puro y recto, confiado, sumiso, perseverante, "y recibirás". La oración es la llave de los

tesoros celestiales. El grito de tu miseria sube a Dios, y la misericordia desciende de inmediato. Si, entonces, deseas ser un santo, sé un amante de la oración. Yo misma rezo incesantemente por vosotros en el cielo. ¡Oh dulce Madre, ayúdame a comprender el profundo significado de estas pocas palabras! Nunca olvidaré que la oración es una necesidad para el corazón humano y la felicidad de la vida.

Practica. Examínate a ti mismo para ver cómo rezas tus oraciones diarias.

DÍA SÉPTIMO

Quién podría imaginar, oh Madre amorosa, que el hombre es tan malvado y tan descuidado con su propio bienestar, como para convertir en un veneno mortal para su alma lo que Dios, en su infinita misericordia, pretendía para su salvación, y para su mayor felicidad. Y sin embargo, esto es exactamente lo que aprendemos de uno de tus reproches maternos: "Van a misa", dices tú, "sólo para burlarse de la religión".

¿Cuántos católicos hay, que se mantienen completamente alejados de la iglesia? Y si se van, sus malas disposiciones los hacen aún más culpables. ¡Cuántos pobres pecadores hay que, en vez de ir a las fuentes sagradas de los Sacramentos para apagar el fuego de sus rebeldes pasiones, desprecian estos dones divinos y los profanan sacrílegamente! ¡Ojalá que, con tu ayuda todopoderosa, nunca profane mi alma con un sacrilegio! Mis confesiones serán siempre tan sinceras como me gustaría que fueran cuando llegue mi último día. De ahora en adelante, mi comportamiento respetuoso al asistir a la Misa demostrará mi tierno amor y mi profunda estima por este santo Sacrificio.

Practica. Asiste a la Santa Misa y recibe la Sagrada Comunión.

DÍA OCTAVO

¡Oh Madre amorosa, cuán vívidamente reales son los secretos de tu corazón maternal que aparecen en tu Aparición misericordiosa! ¡Cuánto aumentan y fortalecen mi confianza en ti! Oh amigable Madre, cuán misericordiosamente soportas las reprensiones encontradas en tus esfuerzos por devolver a Dios los corazones de

tus hijos descarriados. Uno puede permanecer sordo al llamado de tu amor y de tu bondad; pero se rendirá a tus lágrimas. Porque las lágrimas de una madre van directamente al corazón y lo funden. Pero, en cuanto a aquellos cuyos corazones endurecidos desprecian aun tus lágrimas, tienes terribles amenazas y terribles castigos guardados para ellos. Sin embargo, aun así, ¡cuánto se parecen a las de una madre tus reprensiones y castigos! Con una mano golpeas, mientras que con la otra sostienes. Incluso cuando nos descarriamos, tus ojos vigilantes y maternales nos siguen en los más pequeños detalles de la vida, para detectar los más pequeños buenos sentimientos de nuestros corazones, para recompensarlos. ¿Quién no se esforzaría por inflamar cada corazón con amor y respeto por ti?

Practica. Hable con uno de sus amigos y conocidos de Nuestra Señora de La Salette.

DÍA NOVENO

Los días de mi novena han llegado a su fin, y apenas he comenzado a meditar sobre las enseñanzas de tu Aparición. ¡Qué consuelo para nuestros corazones cansados de contemplarte y de derramar nuestras humildes oraciones a tus pies! Las horas pasadas contigo no son más que instantes que pasan con un vuelo tan rápido como el del relámpago. Pero, como una vez dijiste a los pastores embelesados por tu mirada: "Bien, hijos míos, daréis a conocer esto a todo mi pueblo", así que ahora te diriges a mí con la misma advertencia: Bueno, mi niño, darás a conocer mis enseñanzas a toda mi gente. El amor se regocija al expresarse con sacrificios y entrega. Enseñad, pues, a todos los que os rodean la necesidad de servir a Dios. Hacedles conocer las observancias religiosas y los deleites que se encuentran en el servicio de Dios. Y, para cumplir con este deber sagrado, medita sobre las enseñanzas de mi Aparición. ¡Oh, hijo mío, que tu corazón se inflame como el de tu Madre con el fuego del santo celo por la gloria de Dios! Recordad que edificando a vuestras semejantes criaturas y procurando su salvación, aseguraréis la vuestra. ¡Sí! ¡El cielo es el premio!

Practica. Haz el viacrucis por las almas en el purgatorio.

NOVENA A NUESTRA SEÑORA DE LA SALETTE



Aparición de la Virgen

19 de septiembre de 1846 - La Salette (Francia)

ORACIÓN DE CONSAGRACIÓN

Santísima Madre, Nuestra Señora de La Salette, que por amor a mí derramaste lágrimas tan amargas en tu aparición misericordiosa, mírame con bondad, mientras me consagro a ti sin reservas. Desde hoy, mi gloria será saber que soy tu hijo. Que viva para secar tus lágrimas y consolar tu afligido corazón. Amada Madre, a ti y a tu bendita carga y a tu sagrada custodia y al seno de tu misericordia, por este día y por cada día, y por la hora de mi muerte, me encomiendo, en cuerpo y alma, toda esperanza y toda alegría, toda angustia y toda pena, mi vida y el fin de mi vida. Oh querida Madre, ilumíname con la comprensión, dirige mis pasos, consuélame con tu protección maternal, para que, exento de todo error, al abrigo de todo peligro de pecado, pueda, con ardor y coraje invencible, caminar por las sendas trazadas para mí por ti y por tu Hijo. Amén.